

CREACIÓN

El muchacho a quien la sangre le reía

Tenía catorce años y la huella del carbón por dentro, y aun así la sangre le circulaba alegre por las venas con un murmullo parecido a la risa. Catorce años y el miedo como eterno compañero, y sin embargo, bajaba a las entrañas de la tierra guiado por una fuerza parecida a la esperanza. Catorce años y una hermana con la mirada blanca y la voz pequeña, pero descendía ilusionado, como si buscara arrancarle cada día un nuevo matiz a las tinieblas o descubrir en su interior un nuevo silencio. ¡Tenía catorce años y ya era rampero!

Había nacido en aquel valle, en un lecho de sábanas grises y polvorientas, de un vientre ahuecado por el miedo y la soledad y del que, aun así, había brotado aquella nueva flor. Hijo de un picador que, después de prometerle que no sería uno más en aquella larga historia de raíces que era su piel, ya nunca regresó de la mina. Un hombre que, hasta el día en que la madre tierra decidió retenerlo en su seno, tenía la costumbre de regresar a casa con la fatiga transformada en un oscuro canto que recordaba al del viento escapando a través de una ranura en el invierno. Un minero que, en sus jornadas de descanso, colgaba el miedo y la pica en el armario, y subía por los bancales masticando la niebla hasta convertirla en saliva, por temor a olvidarse de que el aire era vida gratuita; o zigzagueaba por los prados bebiéndose la luz a grandes tragos, por miedo a no acordarse de que allá fuera, en el mundo de las ramas y los pájaros, el sol salía de vez en cuando y teñía el agua de colores.

Hijo y nieto de mineros, su niñez había transcurrido en aquel valle, en una casa gris y solitaria, rodeado de orfandad y silencio. Porque, además de ser hijo del picador de la voz oscura que nunca regresó de la mina, también lo era de una madre que, tras parirlo en un lecho gris y polvoriento-tanto, que el hollín empapó la sangre antes de que ésta pudiera colorear la tela y amamantarlo sin sonrisas, huyó asustada. Asustada de los dos balcones abiertos a la nada desde los que su primogénita empezó a contemplar el mundo después de la muerte del padre; y asustada también de que conforme su hija fue descubriendo que todos los caminos no eran más que niebla, la voz se le hubiera ido haciendo cada vez más pequeña hasta que, al cabo, se hubiera quedado sin palabras. Pero, sobre todo, asustada de la mirada negra idéntica a la del padre y a la del abuelo- que, en los días siguientes a la explosión, la madre descubrió en los ojos a su pequeño.

Descendiente de mineros y, por ende, predestinado, también él, a serlo desde el instante de su naci-

miento. Una flor demasiado tardía, abierta a destiempo, cuando en el rostro de su madre no quedaban ya mariposas levantando el vuelo que le hicieran sonreír ni en su voz bordoneo de abejas que le incitara al sueño. Un fruto doblemente póstumo, nacido de un padre predestinado a quedarse para siempre en las entrañas de la tierra y de una madre incapaz de soportar otra vez la angustia de acechar día y noche el sonido de la sirena de la mina. Un muchacho con una infancia gris y solitaria, que había crecido sin otra compañía que la de la muchacha de la mirada blanca y la voz pequeña, y al que, sin embargo, la sangre le bullía por las venas con un murmullo parecido a la risa.

¿Un milagro? ¿Un don natural? No.



Tenía catorce años y la huella del carbón por dentro, y aun así la sangre le corría por las venas con un murmullo semejante a la risa

simple observación. Conocimiento temprano de los de su casta. Y es que, siendo todavía muy pequeño, al poco de que el padre se convirtiera en recuerdo, había hecho el siguiente descubrimiento: en contraste con lo que ocurría al aire libre, en el interior de la mina la muerte no era una extraña, ni tampoco una enemiga o una visita inoportuna, sino un miembro más de la cuadrilla. Una compañera fiel que vivía siempre con los mineros, como una especie de dolor cotidiano que, a fuerza de costumbre y cansancio, al final dejaba de serlo. Y también paciente, muy paciente, siempre al acecho del menor descuido para realizar su trabajo, aguardando con calma el momento propicio en el que transformarse en una suerte de verdugo compasivo que los liberara al fin de aquel mundo de raíces y topos. Y justamente por eso, porque la muerte era una más de la cuadrilla y como a tal se la trataba, los habitantes de

aquel valle ni siquiera aprendían a llorar.

Tenía catorce años y la huella del carbón por dentro, y aun así la sangre le corría por las venas con un murmullo semejante a la risa. Pero aquello no era un milagro, ni tampoco un don natural, sino una temprana intuición de que, una vez que te adentrabas en las entrañas de la tierra, conforme la mirada se te iba ennegreciendo, se te olvidaba que afuera amanecía cada mañana y había días en que el agua se teñía de colores. Y el olvido llegaba a ser tan grande que quienes lograban sobrevivir lo suficiente como para que fuera la vejez, y no la muerte, la que los apartara del tajo. De haber estado en sus manos, hubieran regresado al interior de la

mina para enfrentarse otra vez a la piedra azul. Porque, de haber dependido sólo de ellos, en lugar de dormir al sol de los recuerdos, habría bajado con la esperanza de escuchar una vez más el silencio, siempre nuevo, de ese mundo de raíces y topos en el que el aire nunca entra. Y por eso, porque vivían horadados por la nostalgia de los que salían de la mina para preguntarles si continuaban siendo tan silenciosas las noches bajo tierra o si, por el contrario, se escuchaba ya el murmullo de algún nuevo río.

Catorce años y, por toda compañía, una hermana con la mirada blanca y la voz pequeña, y sin embargo bajaba a las entrañas de la tierra guiado por una fuerza parecida a la esperanza. Sabía que, como su padre, también él descubriría allá abajo el camino sin niebla por el que marcharse del valle. Que ocurriera sólo era cuestión de paciencia. Porque, en cuanto la pica golpeará al tiempo adormecido por siglos en una concha o en las hojas de un helecho, el grisú se apresurará a encargarse del resto. Y sería entonces cuando, al igual que antes habían hecho muchos de sus antepasados, él dejaría atrás el pico, la pala y la lámpara formando parte de ese otro tiempo más nuevo, pero igualmente dormido en el interior de la piedra azul y se marcharía.

Catorce años, el rostro serio, la mirada oscura y el miedo por eterno compañero, y aun así descendía arrastrado por una ansiedad que recordaba a la de la víspera de los grandes acontecimientos. Y es que cada nuevo

descenso bajaba con la ilusión de que ese instante tantas veces imaginado, en el que él dejaría de ser hombre para convertirse otra vez en árbol, al fin iba a tener lugar. Descendía, pues, desasosegado por el deseo de que aquella fuera ya la ocasión en la que, despojándose de todo, abriéndose paso a mordiscos a través de la piedra o a nado por las corrientes subterráneas, avanzaría hasta retroceder lo suficiente en el tiempo como para que el miedo dejara de ser su compañero.

Que ese era su destino lo había descubierto siendo muy pequeño; y esa era la causa de que, aun cuando la mirada se la hubiera vuelto cada día más negra y rostro más serio, la sangre no hubiera dejado de correrle alegre por las venas. Y justo también por eso, porque conocía su destino de antemano, cuando aquella mañana escuchó al grisú silbando entre las frondas de los helechos y las valvas de los animales prehistóricos, en lugar de huir despavorido, se adentro aun más en la galería y aguardó, con impaciencia, a que se produjera la detonación.

El estruendo no se hizo esperar y, de inmediato, como si de su eco se tratase, afuera sonó una vez más la alarma de la mina. La muchacha dejó de mirar a la nada y en el agua adormecida de sus ojos se reflejó una luz roja parecida a la de un carbón ardiendo. Abrió la boca y, como si de súbito las palabras hubieran vuelto a crecerle en la garganta, la voz se le hizo muy grande. Muy grande. Tanto, que todos los habitantes del valle, incluidos los mineros que acababan de ser sepultados por el alud, pudieron escuchar, junto al estridente sonido de la sirena, su estremecedor alarido.

El muchacho, la boca ya llena de carbón, el pecho oprimido por el peso del alud, aguzó el oído. Alguien gritaba su nombre en el exterior. Escuchó atentamente. La reconoció. Era su hermana, la de la voz pequeña y la mirada blanca. Había recuperado el habla. Comprendió, así, que la marcha atrás se había iniciado ya. Hora, pues, de abrirse paso a través de la piedra azul y del agua oscura. Hora de horadar la montaña hasta donde hiciera falta. Se puso en pie o al menos, eso fue lo que él creyó hacer y, tal como había soñado tantas veces, en lugar de avanzar por ese laberinto de túneles sin aire, por ese mundo de raíces y topos en el que el agua se teñía de negro hasta en los días soleados, se adentró en un frondoso y soleado bosque de helechos gigantes, a cuya sombra dormitaban las gacelas grises bajo la protectora mirada de las panteras negras, y en cuyas aguas -que el sol teñía de mil colores- los niños se bañaban con regocijo.



Mª del Pilar Drake Moyano

1º Premio

Modalidad B
Narraciones
Cortas 2007